



BOLETIN ECLESIASTICO  
DE LA  
**DIÓCESIS DE SEGOVIA.**

---

*Alocucion pronunciada por S. S. en el Consistorio público celebrado el 26 de Junio de 1867, para entregar el capelo á Su Emma. el Cardenal Don Luis de la Lastra y Cuesta, Arzobispo de Sevilla, al que asistieron cuatrocientos cincuenta Prelados. Despues de terminada la ceremonia, pronunció Su Santidad la siguiente ALOCUCION:*

«VENERABLES HERMANOS: En medio de nuestras amargas experimentamos una alegría y un consuelo singular al gozar de nuevo de vuestra presencia, y al poder dirigiros la palabra en esta magnífica Asamblea.

» Venidos á esta ciudad de todas las regiones de la tierra á la simple espresion de nuestro deseo y por la inspiracion de vuestra piedad, vosotros, tan eminentes por vuestra Religion, llamados á participar de Nuestra solicitud, no pensais en estos tiempos calamitosos sino en contribuir á defender el Catolicismo, procurar la salud de las almas, dulcificar Nuestras penas y multiplicar las pruebas, cada dia mas completas, de vuestra fidelidad, de vuestra buena voluntad y de vuestra obediencia hácia esta Cátedra de Pedro. Nos estamos grandemente gozosos, y ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor, recordamos con gusto todo lo que hasta hoy habeis hecho unánimemente y con gran celo, sin ahorrar cuidados y sin deteneros ante la adversidad. Así este recuerdo tan suave y dulce, tan profundamente impreso en Nuestra alma, y que debe ser eterno; este recuerdo es el que hace que el sentimiento de Nuestro reconocimiento y de Nuestra afeccion, mas ardiente y mas vivo que nunca, tenga necesidad de desahogarse hácia

vosotros todos por medio de signos mas manifiestos y de testimonios mas brillantes.

»Pero si esta ojeada rápida sobre el tiempo pasado nos llena de consuelo, vosotros mismos, venerables hermanos, comprendereis con facilidad que Nuestra alegría y Nuestro consuelo se aumentan al gozar de vuestra presencia, al considerar que habeis venido de lejanas tierras á Nuestro simple llamamiento, y que habeis venido impelidos por vuestra piedad y vuestra adhesion.

»Nada, en efecto, puede sernos mas apetecible y agradable que encontrarnos en vuestra Asamblea, y aprovechar los frutos de Nuestra mútua reunion. sobre todo para realizar estas solemnidades, en las cuales cuanto pasa à vuestra vista os habla de la Unidad de la Iglesia católica, del fundamento de esta Unidad, del cuidado y de la gloria con las cuales esta Unidad debe ser protegida y mantenida. Sí; todo habla de esta admirable Unidad, por la cual, como por una especie de canal, se deslizan en el cuerpo místico de Jesucristo los dones y las gracias del Espíritu divino, suscitando en cada uno de sus miembros esos ejemplos de fé y de caridad que admiran al género humano.

»Se trata, venerables hermanos, en este momento, de conceder los honores de Santos á ilustres héroes de la Iglesia, que en su mayor parte fueron martirizados, unos por defender el Principado de esta Cátedra Apostólica, que es el centro de la verdad y de la unidad, otros por reivindicar la integridad y la unidad de la fé: otros, en fin, para atraer á la Iglesia católica à los hombres contaminados por el cisma. Así se manifiesta la divina Providencia, dando estos ejemplos de adhesion á la Unidad católica, precisamente en estos tiempos en que la fé católica, y la Autoridad de la Sede Apostólica se hallan combatidas por maquinaciones implacables.

»Se trata tambien de celebrar con ritos solemnes la memoria del dia feliz en que el bienaventurado Pedro y su co-apóstol Pablo, sufriendo hace mil ochocientos años en esta Ciudad el mas ilustre martirio, consagraron su sangre á la inexpugnable fortaleza de la Unidad católica.

»¿Qué puede haber, Venerables Hermanos, mas apetecible para nosotros, ni mas en armonía con el triunfo de tales mártires, que realzar en los honores que se les conceden los mas bellos ejemplos y los espléndidos espectáculos de la Unidad de la Iglesia católica? ¿Hay nada mas justo que esta alegría del triunfo del Príncipe de los Apóstoles, que alcanza á todo el Universo católico, sea aumentada con vuestra presencia? ¿Hay nada mas conveniente, en fin, que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos se aumente con vuestra piedad y vuestra alegría?

»Pero esta piedad y esta union íntima con la Sede Apostólica no está solamente de acuerdo con las circunstancias y con vuestros sentimientos, Venerables Hermanos. Es, sobre todo, de grande importancia que Nos saquemos los frutos mas saludables, sea para confundir la audacia de los impios, sea para poder trocarla en provecho de los fieles y vuestro. Es necesario que los adversarios de la Religion comprendan cuál es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica, á la que no cesan de aborrecer; que se aperciban de cuán insensata y necia es la injuria que la dirijen cuando la acusan de falta de fuerzas, y de no corresponder á la época; que se convenzan cuánto se equivocan al confiar en su éxito, en sus esfuerzos y en sus empresas, y que sepan que no podrán romper la fortísima haz, tal cual Jesucristo la colocó sobre la piedra de la confesion de los Apóstoles.

»Es preciso, pues hoy mas que nunca, Venerables Hermanos, que todos los hombres vean claramente que no hay vínculo estrecho y seguro para las almas, sino en el que reina el mismo espíritu de Dios; y que si los hombres abandonan á Dios, si desprecian la autoridad de su Iglesia, no alcanzarán la felicidad que buscan en la vía del crimen, sino que se precipitarán en las mas crueles discordias, suscitando las mas funestas tempestades.

»Si se atiende á la ventaja comun de los fieles, Venerables Hermanos, ¿qué puede haber mas favorable al aumento de la obediencia hácia Nos y la Cátedra Apostólica que ver cuánto aman sus Pastores los derechos

de la Unidad católica, y contemplar á esos Pastores atravesando los vastos espacios de la tierra y de los mares, sin cuidarse de los inconvenientes del viaje, para volar hácia Roma y hácia la Cátedra Apostólica, á fin de reverenciar en Nuestra humilde persona al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo en la tierra? Esta autoridad de ejemplo les hará conocer mucho mejor que las mas sutiles enseñanzas, la obligacion de someterse á Nos, á quien en la persona de Pedro dijo Nuestro Señor Jesucristo: «*Apacienta mis corderos,*» y á quien por estas palabras se confió el poder supremo sobre la Iglesia universal.

»Así, pues, Venerables Hermanos, al realizar vuestro sagrado ministerio obtendreis un fruto excelente de esta deferencia hácia la Sede Apostólica, por que como nos lo enseña la historia, cuanto mas se estrechan los vínculos de la fé, de la ternura y del amor que os unen á la Piedra angular del edificio místico, tanto mas fuertes os sentireis y tanto mas valor recobrareis para cumplir la grandeza de vuestra mision y resistir á los ataques del enemigo y á las adversidades de la fortuna. No otra cosa comprendió Nuestro Señor Jesucristo cuando, dando á Pedro el cuidado de sostener la firmeza de sus hermanos, le dijo: «*Ruego por tí á fin de que tu fé no desfallezca y de que cuando estes convertido confirmes á tus hermanos.*» En efecto; como San Leon el Grande indica, el Señor se cuida particularmente de Pedro y ruega particularmente por la fé de Pedro, como si la condicion de los otros estuviera mas segura cuando el corazon de su Príncipe se conservara vencedor. En Pedro, pues, reside toda la fuerza, y el socorro de la gracia divina está de tal modo coordinado, que la firmeza acordada por Cristo á Pedro, es conferida por Pedro á los otros Apóstoles.

»Por eso Nos hemos tenido siempre la persuasion de que esta fuerza concedida á Pedro, por un don especial del Señor, se comunicaria á vosotros cuantas veces os aproximéis á la persona de Pedro, que vive en sus Sucesores, ó aun cuando solamente llegáseis á esta Ciudad que el Príncipe de los Apóstoles roció con su sudor y con su sangre triunfante. Jamás, Venerables Hermanos, hemos

dudado que de este sepulcro donde reposan las cenizas del Bienaventurado Pedro, en medio de la veneración eterna del Universo; que de este sepulcro sale cierto oculto poder, cierta virtud saludable que infunde fuerzas á los Pastores del rebaño del Señor, inspirándoles magníficos sentimientos, gracias á los cuales sus fuerzas restauradas imponen á la audacia impudente de los enemigos, y los vence y los arruina en combate desigual.

»¿Por qué lo hemos de disimular, Venerables Hermanos? Hace tiempo que estamos en el campo de batalla, y que luchamos por la defensa de la religión y la justicia contra enemigos pérfidos y encarnizados; el combate se prolonga, y es tan temible, que todas las fuerzas reunidas de la milicia sagrada parecen apenas suficientes para resistir. En cuanto á Nos, campeón de la causa de la Iglesia, de la libertad y los derechos de Nuestra Sede, hemos escapado hasta aquí, gracias á los socorros del Todopoderoso, de mortales peligros.

»Pero, sin embargo, estamos siendo combatido por olas contrarias; no tememos el naufragio, por que la asistencia de Nuestro Señor Jesucristo no Nos permite temerle; pero un dolor íntimo Nos aflige á la vista de tantas monstruosas y nuevas doctrinas, de tantos crímenes é impiedades cometidos contra la Iglesia y la Sede Apostólica; doctrinas que hemos condenado y reprobado en otras ocasiones, y que hoy condenamos y reprobamos de nuevo públicamente, en cumplimiento de un deber.

»De todos modos, en las circunstancias actuales, y en medio de la alegría que nos proporciona vuestra presencia, queremos evitar el recuerdo de tantos cuidados, de tantas angustias, como torturan y desgarran Nuestro corazón con continuas y graves heridas.

»Las llevaremos mas bien á los altares, que tantas veces han escuchado nuestras plegarias y recogido nuestras lágrimas. Revelaremos y esplayaremos de nuevo en Nuestras reiteradas súplicas todos los sufrimientos, que depositaremos en el seno de la misericordia del Padre celestial, confiando sin reserva en Aquel que sabe y puede procurar la gloria y la salud de su Iglesia, y que haciendo

justicia á todos los que sufren injuria por Nuestra causa, y á todos nuestros adversarios, pronunciará en un momento dado su justísima sentencia.

»Sin embargo, venerables hermanos, vosotros comprendereis con vuestra probada sabiduría cuánto importa, para oponerse á los designios de los impíos, y para reparar los desastres de la Iglesia, que vuestro acuerdo unánime con Nos y con esta Sede Apostólica brille siempre mas y mas, y se arraigue mas poderosamente de dia en dia; y este amor de la union católica no os permitirá reposar hasta que por medio de vuestros esfuerzos hayais logrado la concordia universal y la comunidad indestructible de la fé, de la esperanza y de la caridad en todos los eclesiásticos que os obedecen, y en todos los fieles que os han sido confiados.

»No puede darse espectáculo mas bello á los ojos de los ángeles y de los hombres que la reproduccion en el peregrinaje, que nos conduce de la tierra del destierro á la patria; del peregrinaje que las doce tribus de Israel realizaron hasta las dichosas regiones de la tierra prometida. Marchaban todas juntas, cada una dirigida por su respectivo jefe, dividida en su respectiva plaza en el campo; cada familia obedecia á sus padres, cada grupo de guerreros á sus capitanes, la multitud obedecia al príncipe, y sin embargo, no habia en todas esas razas sino un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y rezaba ante el mismo altar: un solo pueblo sometido á las mismas leyes y al mismo Soberano Pontífice; un solo pueblo usando de un mismo derecho en los trabajos de la guerra, y repartiéndose por igual los frutos de la victoria: uno solo, en fin, que, viviendo bajo la misma tienda y alimentándose con un mismo prodigioso alimento, aspiraba al mismo fin.

Sabemos y hemos experimentado que dedicareis todos vuestros cuidados á guardar perpetúamente esta union. ¡Nos habeis dado tantas prendas de vuestra fé y de vuestra concordia! Y esto nos lo garantizan vuestra alta integridad, vuestra eminente virtud, que brilla siempre semejante á ella misma y superior á todos los peligros;

nos lo garantiza ese gran celo y ese ardor infatigable que os mueven á procurar la salud eterna de los hombres, y á aumentar la gloria de Dios. Y esto Nos lo garantiza, en fin, con la mas completa certidumbre la plegaria sublime que el mismo Cristo, antes de sus últimos momentos, ofreció á su Padre, rogándole que *«todos sean uno, como Vos, Padre mio, sois en Mí, y yó en Vos, y que sean uno en Nosotros.»*

»Es imposible que el Padre celestial no escuche esta plegaria. En cuanto á Nos, Venerables Hermanos, nada deseamos mas que recoger de vuestra union con la Santa Sede Apostólica el fruto mas saludable y mas dichoso que hemos pensado recoger para la Iglesia universal.

»Desde hace largo tiempo abrigamos el designio que muchos de nuestros venerables hermanos conocen, y que Nos esperamos realizar tan pronto como hallemos la oportunidad vivamente deseada por Nos. Este designio es el de celebrar un SAGRADO CONCILIO ECUMÉNICO Y GENERAL de todos los Obispos del orbe católico, Concilio en el cual se buscarán, con la ayuda de Dios y con la union de los pareceres, los remedios necesarios y saludables á los males que afligen à la Iglesia.

»Abrigamos completa esperanza de que, gracias á este Concilio, la luz de la verdad católica derramará su saludable claridad en medio de las tinieblas que oscurecen los espíritus, y les hará conocer con la gracia de Dios el verdadero camino de la salud y de la justicia. Al mismo tiempo la Iglesia, como ejército invencible colocado en línea de batalla, rechazará los asaltos de su enemigo, quebrantará sus esfuerzos, y, triunfando de todos, extenderá y propagará el reinado de Jesucristo sobre la tierra.

»Ahora, á fin de que nuestros ruegos sean oídos y de que Nuestros cuidados y los vuestros logren para los pueblos cristianos frutos abundantes de justicia, elevemos nuestros ojos hacia Dios, origen de toda bondad y de toda equidad. Puesto que tenemos por Abogado cerca de su Padre á Jesucristo, Hijo de Dios, Soberano Pontífice que ha penetrado en los cielos, y que, siempre vivo, intercede por nosotros, y entre nosotros reside y residirá en el ad-

mirable sacramento de la Eucaristía hasta la consumación de los siglos, pongamos á este Redentor como un signo en nuestro corazón, como un signo sobre nuestro brazo, é imploramos con toda confianza ante el altar en que el Autor mismo de la gracia ha establecido el trono de su misericordia, y en que espera deseoso de confortar á todos los que sufren.

»Supliquémosle, pues, sin cesar, que libre á su Iglesia de tantos males y peligros, que la dé la gloria y la paz, la victoria sobre sus enemigos, á fin de que por la gloria de su nombre preste á Nos y á vosotros nuevas fuerzas; que inflame los corazones de los hombres con ese fuego que vino á traer á la tierra, y que inspira saludables resoluciones en los que están en el error. Digno será de vuestra piedad, Venerables Hermanos, consagrar todos vuestros cuidados á aumentar en los fieles que se os han confiado el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo para que le veneren, le amen y le visiten frecuentemente en el augusto Sacramento donde está presente. Nada será mas conforme á vuestro celo que encender en los corazones de los fieles la piedad, el reconocimiento y la llama continua de la caridad, semejante á esas antorchas sagradas que brillan siempre alrededor de los altares.

»Y para que Dios incline mas fácilmente su oído hácia Nuestras plegarias, solicitemos vivamente los sufragios, en primer lugar de la Virgen Madre de Dios, María Inmaculada, por que ningun patronato es mas poderoso cerca de Él; en seguida de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuya ascension al cielo vamos á celebrar; y por último, de todos los Bienaventurados que reinando con Jesucristo en los cielos, atraen sobre los hombres con sus plegarias los presentes de la divina liberalidad.

»En fin, Venerables Hermanos, á Vosotros, á todos Nuestros otros venerables Obispos de las naciones católicas á todos los fieles confiados á vuestros cuidados y á los suyos, y de quienes Nos recibimos y estamos recibiendo sin cesar tantos testimonios de piedad y de amor, á todos y á cada uno Nos acordamos desde el fondo del corazón Nuestra bendición apostólica, unida á todos nuestros votos por su felicidad »